CAPITULO I.

De la noticia que recibió el general Morelos en su campamento de la Brea.

I.

Cuando el cura Hidalgo se dirigía con su ejército sobre la capital de la colonia, un eclesiástico abandonaba la humilde feligresía de Carácuaro, y marchaba solo en busca del caudillo. En el pueblo de Charo tuvo lugar la entrevista de aquellos dos hombres extraordinarios, cuyos nombres coloca en sus primeras páginas la historia contemporánea.

Se enseña aun á los viajeros la casa donde aquellos génios se

encontraron, como dos astros en un punto del horizonte.

Morelos estaba dotado de un gran talento militar, había nacido

como Napoleón, para mandar ejércitos.

El destino había querido cambiar su ruta; pero aquella alma se sobrepuso á todo, quebrantando las cadenas que lo ataban con sus votos solemnes á la ara del sacrificio cristiano.

Entró de lleno en las faces luminosas de su horóscopo, hasta caer en el abismo de su predestinación; pero la estela brillante que dejó á su paso en el mar de la revolución quedaría eterna sobre la superficie, como la huella de su tránsito por su siglo.

Morelos combatió desde el primer día, levantó ejércitos y atacó las plazas y poblaciones, y recorrió victorioso al frente de sus soldados, las costas de Sur; dejó su nombre sobre los laureles del Veladero, en la Sabana, y el bronce de sus cañones se reconoce aún en los

muros graníticos del castillo de Acapulco.

Aquel espíritu saciado de gloria en las selvas y las montañas, buscó un espacio mas gigante, un teatro mas extenso á sus ambiciol nes, y seguido de su ejército ascendió atrevido la cordillera centradel Sur, se adelantó á esas pirámides mas elevadas que las de Egipto, y en medio de aquella atmósfera de fuego, llegó, á las alturas del Camaron, bajó después hasta el seno donde corren las turbulentas aguas del Papagayo, allí aplacó la sed de sus corceles para encumbrar la sierra ponde se posó, para ver como una águila la ciudad de Chilpancingo; cordera de las montañas que yace el abrigo de aquella vejetación del paraíso, acariciada por las áuras purísimas de su cielo; allí, desde esa altura, tenía el héroe á sus pies el profundo valle del Mezcala, donde el monstruo del contagio sacude sus melenas emponzoñando las ondas del caudaloso río, que, en un nuevo ascenso, divide sus aguas de las que en dirección opuesta van á enriquecer las linfas agitadas del Zacatuda.

La hora de la revolución había sonado; esa es la hora de los héroes.

Morelos acudía con la ofrenda de su sangre al llamado de la patria.

Las montañas se estremecieron, el sol tuvo una reverberación más luminosa, y el cielo recogió los primeros acentos de aquel hombre que ofrecía delante del porvenir una era de gloria á sus soldados.

II.

El ejército independiente había acampado en la hacienda de la Brea, y Morelos se encontraba en su cuartel general improvisado, con todos sus jefes y un sin número de amigos ; porque su popularidad

estaba como el mar en la hora del flujo.

—Mi general, decía un ayudante jóven y vivaracho que no se separaba nunca de Morelos, esos diablos de realistas no escarmientan, ya les hemos dado unas zurribambas de primera, y todayía se han atrevido hoy á seguir nuestra retaguardia.... ojalá que se acerquen, estámos dispuestos á darle una lección,.... pues digo, ya conocen á los soldados de Morelos para andarse con remilgos.... dígalo el muy valiente compañero Avila, que los ha hecho corretear como cabras, já, já, si parecían venados.

—Este Muñoz habla por los codos, dijo un ayudante igualmente joven, pero que en sus ojos revelaba una serenidad de espíritu terrible, era aquella mirada la superficie del mar en calma, en el fondo

estaba la muerte.

—Sf, hablo, porque mi general me ha visto batir, y tengo derecho para....

-Yo no lo niego amigo mío, eres valiente, y soy el primero

en confesarlo.

 $-{\rm Pues}$ vamos una apuesta, señor capitan D. Alfonso de Piedra-Santa.

-La acepto de antemano.

—Jugamos un ascenso que nos concederá el general, al que llegue en el primer encuentro á confundirse con el enemigo.

He dicho que acepto.Testigo el Sr. Morelos.

El general estaba hondamente preocupado, y apénas hizo una inclinación de cabeza.

—No está de umor mi general, dejémosle, y vamos á tomar un trago á la tienda.

Levantóse la nube de oficiales, y entre risas y bromas se marcharon á hacer las libaciones de ordenanza.

III.

Luego que el caudillo quedó en el silencio de su alojamiento, se puso á ver su correspondencia, que era bastante voluminosa.

-Este Avila es un valiente, murmuraba el general; en el campamento del Veladero está absolutamente seguro, y está en el lugar

LOS INSURGENTES

17

más estratégico de aquellos contornos, cubrirá nuestra retirada en caso de que la fortuna me sea adversa. . . . la fortuna. . . . la fortuna, hasta hoy ha seguido mis pasos, camino seguro de encontrarla donde se escuche la detonación de mis armas. . . . estos realistas son tan bisoños como mis soldados . . . es necesario activar los movimientos antes de la llegada de cuerpos espedicionarios . . . este Calleja me tiene mortalmente inquieto . . Hidalgo se ha empeñado en presentar grandes masas, y eso lo perderá al fin... es necesario observar precisamente la tactica contraria, poca gente, toda armada y lo menos bisoña que sea posible; en quanto al valor es lo que mas abunda. . . . mis tropas están acostumbradas á vencer, este elemento trae un éxito casi seguro . . . sin embargo, bien pronto tendrá encima el ejército de Calleja, porque es seguro que alcanza á Hidalgo en su retirada. . . si pasara este primer momento sin dar cima á la empresa, . . . malo . . . malo. Quedóse un momento pensativo, y luego continuò como si conversase con álguien, y es que el espíritu habla con el genio de la inspiración.

-Organizar, he aquí todo el trabajo; la tarea es árdua, pero forzosa tengo jóvenes vigorosos, y ya la idea de independencia no asusta á las masas, la hora del sacrilegio ha pasado para cederle el puesto á la razón y al patriotismo.... cuando esté al frente de él un ejército disciplinado para revindicar el honor de nuestras armas, entonces los vencedores de Guanajuato, Aculco y Calderon, verán sus laureles estrujados por las herraduras de mis caballos, y yo seré árbitro de la victoria!.... ¡qué sueño tan hermoso!....

Anublóse repentinamente la faz del caudillo, una nube negra

había pasado por aquel cielo de esperanzas.

Morelos recordaba en aquellos instantes las palabras de Hidalgo: « los que comienzan estas grandes empresas, jamás ven el resultado. » En aquellos momentos dieron tres golpes á la puerta.

- Adelante! dijo el héroe con voz serena, porque Morelos tenía

un dominio absoluto sobre su corazón.

Abrióse la puerta, y el ayudante Antonio Muñoz penetró en el

-¿Qué hay? preguntó Morelos.

-Mi general, acaba de llegar un correo con estos pliegos.

-Está bien, que espere. Muñoz salió al instante.

Abrió el caudillo el pliego, pasó sus ojos de águila por los renglones, devorándolos instantáneamente.

Luego que se enteró del contenido, se dejó caer en la silla, apoyó su frente en ambas manos, y comenzó á dar sollozos ahogados, sacó su pañuelo y enjugó sus lágrimas, agitó la campanilla, y Muñoz volvió á presentarse.

Algo notó el ayudante, porque acercándose al general le dijo asustado:

- Señor, algo pasa por vd. ¿Ha sucedido alguna desgracia?

-Capitán, haga usted entrar al correo.

El ayudante complió con la orden, y dejó solo al caudillo con el mensajero.

-Vamos cuéntame como ha estado todo quiero saberlo,

-Señor amo, dijo el correo limpiándose la frente, no me pregunte su merced, porque no; yo no he vuelto á hablar con nadie de esa desgracia, . . . quisiera haber muerto antes que. . . .

-Vamos, cálmate, necesito que me digas si es cierto lo que dice

este papel.

-Todo es verdad, señor amo, . . . en las lomas de Baján nos traicionó el señor Elizondo, y ya mataron al señor cura Hidalgo y al niño Allende y á todos, señor amo, á todos, yo los he visto fusilar en la plaza de Chihuahua.

- Y la tropa?

-Toda se ha huido.

-¿Toda?

-No señor, no cuento la que se quedó con el general Rayon que anda peleando.

-Está bien, hijo mío, retírate á descansar, y no digas á nadie

lo que has visto.

-No, señor amo, ni á bala vuelvo á decir una sílaba.

Quedó solo el general, su llanto se sorbió de improviso y un

gesto de crueldad apareció en el rostro de Morelos.

-¡Yo volveré sangre por sangre, y odio por odio!. . . . me siento único en la lucha.... el resto de ese ejército vaga disperso y desmoralizado, yo seré el centro de unión.... El movimiento re volucionario está confiado á mis esfuerzos. . . . sabré cumplir con la misión que el destino pone hoy en mis manos... mi brazo es robusto y fuerte mi aliento. . . . nos llaman á la muerte, y acudimos como buenos. . . . ;á las armas!. . . . ;á las armas!. . . . el cadalso es un sitio de victoria, una tribuna desde donde nos escucha el mundo entero. . . . no emporta, nuestro es el porvenir.

Tornó á agitar la campanilla, y el ayudante á presentarse.

-Que llamen á mi confesor.

Morelos había conservado el sentimiento religioso en un grado exajerado, todos los días hacía que el capellan le dijese misa, y se confesaba la víspera de los combates.

Desde que á su voz corrió la primera sangre en las costas del Sur, dejó en su conciencia de ser sacerdote, y se consagró tode entero á la patria.

Morelos hubiera sido también un héroe en los tiempos de Pedro el Ermitaño.

Arregladas sus cuentas con el cielo, entraba en batalla como un león, y después de darle gracias á Dios por haberle salvado, mandaba fusilar á los prisioneros; creía que esto era un deber segun las circunstancias y plan que había adoptado, y cumplía fielmente con su misión... el corazón humano es un abismo, quererle sondear, una

Entróse Fray Manuel de los Angeles, y conversó la mayor parte de la noche con Morelos.

IV.

—Algo pasa con el cuartel general, compañero Piedra-Santa, decía el ayudante, que era joven, pequeño de cuerpo, y con una gran cabeza; el señor Morelos estaba demudado; te confieso que me asusté.

-Es asustarse por muy poco, dijo don Alfonso.

Es que insisto en que ha pasado alguna desgracia; pero debe ser de las gordas, porque....

-No seas misterioso, Muñoz.

-Yo voy á salir de dudas joh buen hombre! venga por acá, ea, á tí, al que trajo los pliegos, es á quien llamo.

Levantóse el correo, y se acercó á los oficiales.

- ?Qué manda usté, señor amo?

- ¿De donde vienes?

—De por ahí.

-Explicate.

-De allá arriba.

- Del cielo?

-Casi, casi, porque esa montañas están muy altas.

- ¿Y qué has visto?
- Nada, señor amo.

- ¿Qué dicen del cura Hidalgo?

El correo no respondió.

-Lo dicho, dijo Muñoz, aquí hay gato encerrado.

-Nada de gato, señor amo.

¿Pues donde has dejado al ejercito?

-Por todas partes peleando.
- Y los gachupines?

-Peleando también.

- Has estado en México?
- No señor, si ni lo conozco.

-¿Qué has oido de la batalla de Calderon?

-Que la ganaron los del rey.

-Nosotros no reconocemos á ningun rey ¿lo entiendes?

- ¿Para qué me pregunta su merced?

—Estás perdiendo el tiempo. dijo don Altonso, este hombre se ha empeñado en callar, y no moverá la lengua aunque lo maten.

—Largo, dijo Muñoz, y ya me las pagarás todas juntas.

-Con premiso de su merced.

-Malo está el negocio, el señor Hidalgo la ha pasado mal.

-Así lo creo, murmuró Piedra-Santa.

—Están tocando orden general en el alojamiento del señor Morelos.

Acercóse á los dos amigos un oficial, y dijo alegremente:

—Compañeros, estamos de marcha, pasado mañana atacaremos Chilpaneingo.

-: Esa sí es noticia! gritó Muñoz.

—Ya creía yo que nos iban á salir raices en esta hacienda, murmuró Piedra-Santa, que estaba impaciente cuando no estaba peeando ó en víspera de una batalla. Ya que hablamos de este personaje, diremos á nuestros lectores que era alto, delgado, con el cabello rubio echado todo hacia atrás, los ojos azules y la barba de oro, su frente despejada, la nariz un tanto acaballetada, su labio inferior algo salido y su continente reposado y sereno, su orígen y familia mas tarde lo sabremos.

Esparcióse la noticia de la marcha en el campo insurgente, atizáronse las lumbradas, levantáronse los soldados, y comenzó la bulla

y la algazara en derredor de las hogueras.

-Compadre, pasado mañana á más tardar carneamos.

-¡Como que mi espada tiene una hambre que ya! decía un suriano limpiando el machete en la manga de la camisa.

-Ese realista Páris podrá decir si parecen ó no navajas de barba

nuestros chafarotes.

-Como que ¡pif! ¡paf! cabeza abajo.

-Lo estoy viendo.

—Vamos Juan, gritó una soldadera (un francés escribiría cantinière) ya me habilité de gallinas.

-La hacienda paga.

Fuera de nuestro país no se conoce esa benemérita clase que forma la mitad del soldado, es decir, su mujer. No entraremos en la cuestión si las tienen con arreglo al Concilio de Trento 6 al Registro Civil, el hecho es que el soldado, sobre todo en campaña, nada vale sin una compañera.

Esas infelices mujeres son una especie de langosta que caen tanto sobre las fincas, como sobre los sembrados, como sobre los muertos,

á quienes desnudan piadosamente.

En la época de la insurrección, realistas è insurgentes entraban en las fiucas á ejercer el derecho de conquista; de aquí la ruina de tantas haciendas y pueblos que han desaparecido, y cuyos escombros apenas se perciben en medio de la desolación de los campos y de las comarcas.

En la época á que se refiere nuestra historia, los insurgentes caminaban en familia; así es que á la hora de una derrota las mujeres y los niños caían prisioneros de guerra y entraban en el botin del vencedor, hasta que podían escapar de la esclavitud á que las condenaban en las fincas de campo, dándoles un trato duro é inhumano.

El general había prescrito que las mujeres se quedasen á una gran distancia del campo de batalla, pero cuando menos se esperaba ya se las veía dando de beber á los soldados, y cargando á los heridos y ofreciendo algo que comer á los oficiales, aquello, como hoy, no tenía remedio.

Nosotros les tributamos un sentimiento de ternura, porque en esos momentos solemnes ejercen la caridad con noble desinterés; nosotros hemos visto morir á algunas infelices, victima del plomo en los momentos de socorrer á sus maridos agonizantes.

V.

Seguía el tumulto y la algazara en el campo insurgente; porque la alegría era peculiar de aquellas valientes tropas.

Parecía el campamento un cuadro fantástico: todos los perso-

najes se veían á la luz de las hogueras; por aquí un rostro franco y alegre, por allí otro terriblemente feroz, mas allá un grupo de mujeres arrullando á sus niños, soldados durmiendo en el regazo de sus mujeres; levantándose de aquel campo un continuo murmullo de voces, gritos y carcajadas, que hace la armonía de los campamentos.

Atravesó cerca de una hoguera el joven Hermenegildo Galeana,

y se detuvo junto à un grupo de guerrilleros.

-Muchachos, no han visto al capitán Piedra-Santa?

—Sí, mi capitán, adelante algunos pasos y lo encuentra; acaba de tomar un trago de mescal con nosotros.

-Está bien; ya nos veremos, muchachos.

—Canastos, dijo un suriano, de que veo al capitán me salta el corazón; ese sí que es valiente, no lo olvido en el día del Veladero.

-El capitán es amigo de la muerte, son viejos conocidos.

-Parece imposible que lo respeten las balas.

—He observado que cuando los realistas nos oyen gritar ¡viva Morelos! les entran corvas, y esto es correr como unos gamos.

-A fé que mi general Morelos, no lo he visto ni pestakear, y

que siempre va al frente de nosotros.

—Pobrecillo, dijo una insurgente, yo lo he cuidado durante su enfermedad en Tecpan, no pensaba mas que en sus soldados. los quiere mas que si fueran sus hijos.

—A fé que nosotros, le queremos como á un padre, no quiera Dios que le toquen un cabello, porque... ¡rayo de Dios!.. solo de pensarlo me dan ganas de arremeter.

-Este Vildo adora al señor cura.

-Y todos nosotros, repitieron los insurgentes.

—Mucho respetaba yo al señor Hidalgo, dijo Vildo; pero no tanto como al señor Morelos; yo he visto al señor cura en el Monte de las Cruces, ¡qué hermoso estaba el viejecito! ¡si parecía un santo!.. Después de la retirada tomé rumbo al Sur.

-: Qué ingrato fuíste!

-Juro por la Virgen del Cármen que no lo he sido: si me separé fué porque me hirieron y tuve que ocultarme en Santiago: después me fué imposible reunirme al ejército, y como yo soy de la Costa y supe que había tumulto por aquí, dije para mi coleto, donde haya pleito allí está Patricio Vildo, y ¡viva la América!

-¿Y dónde encontraste al señor Piedra-Santa?

—Esa es otra historia; mi capitán es un soldado de primera, pero lo confieso, es algo misterioso.

- Misterioso?

-Sí, lo dicho, yo tengo mis razones.

-Dilas.

—Será otra vez, por ahora solo les cuento que es muy devoto, trae siempre un relicario al cuello y lo cuida mas que los ojos de la cara.

-Será de la Vírgen de Guadalupe.

--Puede ser; pero á mí se me figura que es otra reliquia más sagrada.

- ¡Si traerá dinero!

—Cállate, Peralta, sería muy poco lo que pudiera guardar en el relicario, ademas que el capitán es el hombre mas franco, yo guardo su dinero y oigan sonar.

El guerrillero dió con su mano en las bolsas de la calzonera,

que produjo un sonido metálico.

-¡Oro! dijeron los soldados.

-¡Oro! repitió Vildo.

-Luego no es oro lo que trae al cuello mi capitán, dijo Peralta.

-Eso lo averiguaremos mas adelante.

En aquellos momentos se dejó oir el clarin que tocaba llamada.

—En marcha, dijeron á una voz los insurgentes, y se dirigieron

á tomar su formación.

VI.

Galeana siguió en busca de Piedra-Santa, á quien encontró paseándose cerca de sus soldados.

-Demonio de hombre, te he buscado por todas partes.

-No me he movido de este sitio.

-Es necesario ponernos en marcha al instante.

-Estoy listo.

-Ha pasado una desgracia horrible.

-;Habla!

-Es inconcebible, amigo mio.

-: Me alarmas!

—La cosa no es para menos, el señor Hidalgo y todos los generales han sido fusilados en Chihuahua.

-: Ira de Dios!.... ya se me había pasado por el pensamiento.

-La revolución ha quedado acéfala.

—Te engañas, hoy está mas poderosa, nosotros venimos á formar el centro de ella, el general Morelos está predestinado para ser la primera figura en la segunda época de este movimiento.

-Así lo creo.

-Pasamos á ocupar el primer termino.

—Y tendremos aliento para llevar adelante esta empresa; el general me envía á ver á los señores Bravos, con quienes está en inteligencia para que proporcionen recursos para la marcha.

—Conozco perfectamente á esos señores, servirán al general al pensamiento. Necesitamos llegar mañana á la hacienda, caminaremos toda la noche.

—Pues á ello.

Los dos amigos fueron en busca de sus caballos: Vildo ya tenía listos los del capitán Piedra-Santa y Peralta los de Galeana.

Pusiéronse en marcha en medio de la oscuridad de la noche, cuando atravesó un ginete en la misma dirección, y tomando la delantera, á todo escape.